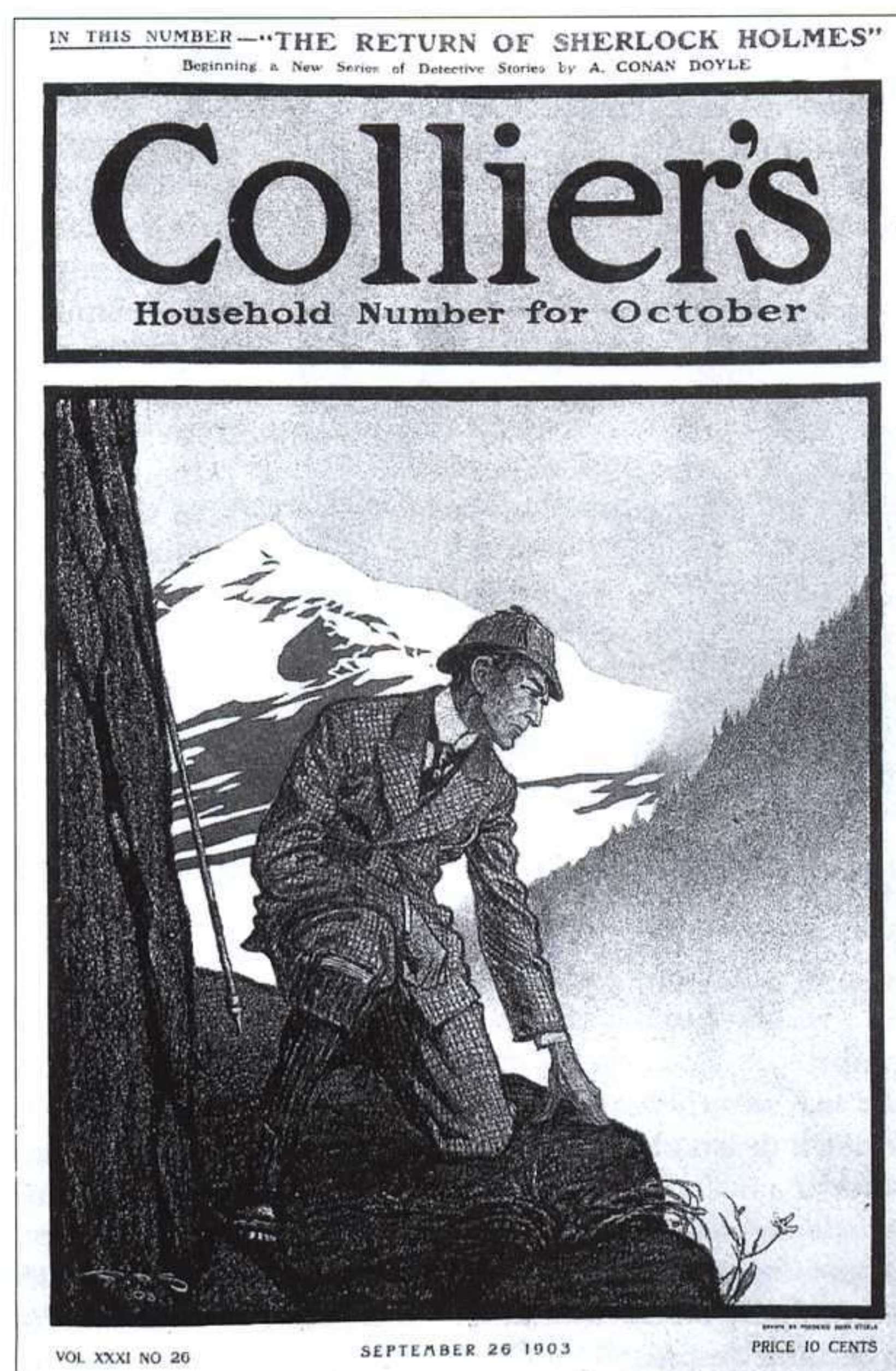


ARTHUR CONAN DOYLE

Las aventuras de Sherlock Holmes

por Juan Manuel Ibeas*

El mito de Holmes empieza a fraguarse de verdad en los relatos cortos que el autor escribiría a partir de 1891, después de haber alumbrado a su personaje en Estudio en escarlata y de haberle hecho vivir otra aventura en El signo de los cuatro, novelas que tuvieron una tibia acogida por parte de un público que luego reclamaría con pasión más historias del detective. Estos cuentos, recogidos en cinco volúmenes —Las aventuras de Sherlock Holmes, Las memorias de Sherlock Holmes, El retorno de Sherlock Holmes, Su último saludo en el escenario y Los archivos de Sherlock Holmes— son todo un modelo de ejercicio deductivo aplicado a casos desconcertantes, verdadero sello de identidad de esta saga policiaca que ha creado escuela.



Holmes reapareció en «La aventura de la casa vacía» en El regreso de Sherlock Holmes (1903), publicado en la revista Collier's. En la ilustración, Holmes contempla la caída de Moriarty en las cataratas de Reichenbach.

Si hubiera asesinado a una persona de carne y hueso, la reacción del público no habría sido, ni con mucho, tan extremada ni tan vehementemente: severos funcionarios de la *City* acudieron a sus despachos con un brazalete negro en la manga. El autor-asesino se vio bombardeado por una lluvia de cartas que oscilaban de la súplica al insulto, y llegaban en ocasiones a la amenaza. Los editores lo intentaron por todos los medios, aparentemente en vano. Conan Doyle se mantuvo firme durante ocho años; y cuando, en 1901, se decidió por fin a publicar una nueva aventura de Sherlock Holmes —*El sabueso de los Baskerville*—, tuvo buen cuidado de fecharla antes de la fatal caída de Holmes por el precipicio de Reichenbach. Se trataba, pues, de una reminiscencia, una expurgación de los archivos del leal Watson, no una verdadera resurrección.

Si con eso pretendía sondear los sentimientos del público lector, los resulta-

dos no dejaron lugar a dudas: la revista *Strand*, que publicó la novela por episodios, se vio incapaz de imprimir suficientes ejemplares para responder a la demanda con la celeridad exigida, y la gente formaba largas colas ante los talleres de Southampton Street para comprarla directamente de la imprenta, según salía de máquinas.

El detective alcanza la inmortalidad

Por fin, en octubre de 1903, Conan Doyle se rindió y resucitó a Holmes en «La casa vacía», primer relato de la serie *El regreso de Sherlock Holmes*. El detective invencible regresaba de la tumba y derrotaba definitivamente a su discolo creador. A esas alturas, estaba ya claro que el huesudo detective es inmortal. Pertenece a esa estirpe de arquetipos literarios que permanecerán con nosotros hasta el fin de los tiempos.

La última aventura de Sherlock Holmes, «Shoscombe Old Place», se publicó en marzo de 1927. Hacía el número sesenta de las escritas por Conan Doyle. Pero el número de imitaciones, parodias, *pastiches* y aventuras apócrifas es muchísimo mayor. Eso sin contar los sesudos estudios escritos por toda una legión de fervientes «holmesólogos» y «watsonianos», entre los que destacan «Los Irregulares de Baker Street», asociación de personalidades dedicadas «al estudio de las Sagradas Escrituras» (también llamadas «El Canon de Conan»). El personaje se había convertido en un patrimonio social.

Arthur Conan Doyle falleció en Crowborough, Sussex, el 7 de julio de 1930, a consecuencia de una angina de pecho. Sherlock Holmes sigue gozando de buena salud, a pesar de sus excesos con la cocaína y el tabaco.

Como hemos dicho, *Las aventuras de Sherlock Holmes* dieron fama mundial al personaje, que ya había aparecido en dos novelas. Se trata de una colección de doce relatos que se fueron publicando en la revista *Strand* a partir de julio de 1891. La estructura narrativa de la serie permitió a Conan Doyle desarrollar a fondo la personalidad excéntrica y fascinante del más famoso detective de todos

los tiempos, genuino producto de la época victoriana, la cual aparece a su vez magníficamente retratada en numerosos detalles: la respetabilidad burguesa, socavada por turbias intrigas familiares; la estratificación social y la estricta observancia de las normas de urbanidad; la mezquindad imperante en las relaciones laborales; y sobre todo, la empresa colonial y el orgullo imperial: Watson es un médico militar que ha servido en la campaña de Afganistán, numerosos personajes han hecho fortuna (o han labrado su infortunio) en las colonias... Ni siquiera la escisión de los Estados Unidos se considera definitiva: el autor expone por boca de Holmes su confianza en un futuro en el que «nuestros hijos sean ciudadanos de un mismo país, de extensión mundial, bajo una bandera compuesta por la Union Jack y las Barras y Estrellas».

La efectividad del cuento

La estructura de los relatos responde a una fórmula bastante fija: no se trata de verdaderas *aventuras*, sino más bien de ejercicios deductivos aplicados a casos desconcertantes, pero no necesariamente criminales. En algunos de esos casos, Holmes encuentra la solución sin moverse de su domicilio, con solo escuchar el relato de los hechos que tanto confunden a los afectados. En otros, le vemos realizar algunas indagaciones cuyo objetivo se nos escapa al principio, pero que luego se revelan como decisivas para el esclarecimiento de lo sucedido. En contadas ocasiones, la aplicación de métodos estrictamente policiales da resultados que la policía es incapaz de conseguir «por su absoluta falta de imaginación». El proceso deductivo que conduce a la resolución del misterio constituye el núcleo fundamental de todos los cuentos. No importa la captura del culpable (que muchas veces queda libre, por decisión del propio Holmes o por capricho del destino). Lo que interesa es contemplar el proceso por el que el detective, a partir de varias pistas aparentemente inconexas, construye toda una historia. Al lector se le ofrecen todos los datos disponibles y se procura provocar en él la misma reacción que sufre el ine-



SIDNEY PAGET, «EL PROBLEMA FINAL» EN LAS MEMORIAS DE SHERLOCK HOLMES, ANAYA, 1988.

Las memorias de Sherlock Holmes

por Juan José Millás*

En 1894 aparecieron recopilados bajo este título once cuentos, algunos de los cuales estaban incluidos en *Las aventuras de Sherlock Holmes*, publicado dos años antes.

Todos ellos tienen en común, además del narrador y del protagonista, el hecho de participar de una estructura narrativa semejante. Veamos un poco más extensamente estas cuestiones.

Watson, el cronista

El doctor Watson, compañero de apartamento y ayudante de Sherlock Holmes, es al mismo tiempo su cronista oficial. Como además él mismo suele participar en las historias que cuenta, no tiene más remedio que escribir estos relatos en primera persona. Tal punto de vista produce enormes beneficios narrativos ya que Watson puede actuar en la dirección que más convenga al discurrir de la acción. Así, unas veces aparece casi como un narrador omnisciente, al describir, por ejemplo, los estados de ánimo de Holmes, mientras que otras su escasa inteligencia sirve para plantear preguntas y dudas sobre el suceso que se desarrolla.

La personalidad de Watson sirve, además, y como se ha dicho tantas veces, para poner de relieve las dotes analíticas de Holmes. El modelo no es nuevo: procede directamente de los cuentos analíticos de Poe, cuyo detective, Auguste Dupin, tiene también un cronista, en este caso anónimo, cuya torpeza realza por contraste la habilidad del detective.

La estructura narrativa

La enorme demanda de historias de Sherlock Holmes mantenía a Conan Doyle bajo una presión constante por parte de los editores. Como ya sabemos, esta presión acabó con la paciencia del escritor, que desde hacía tiempo estaba harto de inventar ficciones para alimentar la voraz personalidad de su detective. En este cansancio, más que en sus limitaciones personales como narrador, está sin duda alguna la

causa de que los cuentos de ciclo holmesiano posean casi todos idéntica estructura. Sin embargo, esta repetición, que podría constituir un defecto, termina a la larga por resultar virtuosa. La explicación reside en el hecho de que el lector acaba por habituarse a esa estructura de acuerdo con la cual discurre la acción de la mayoría de los relatos.

Por lo general, Holmes y Watson están en su apartamento de Baker Street cuando se presenta de improviso un visitante. Otras veces, la función del visitante, que no es otra que la de plantear el caso, la cumple una noticia del periódico, o una carta; las variaciones, en este sentido, son escasas. También se da el caso, en aquellos cuentos cuya acción discurre tras la boda de Watson, de que Sherlock Holmes va a visitarle a su casa para pedirle su participación en algún nuevo asunto. Vemos, pues, que el punto de partida está pensado de manera tal que el lector, al identificar los lugares de los que parte la narración, se sienta cómodo, seguro y satisfecho por una complicidad cuyas manifestaciones están siempre implícitas en los arranques.

A partir de ahí, la acción se complica, pero el lector ya sabe que esa complejidad, consistente en la yuxtaposición de datos sin ninguna ilación aparente, tiende a resolverse en el cerebro del genial detective, quien finalmente dará las claves encargadas de dotar de sentido a lo que parecía un crucigrama imposible. La gran virtud de esta zona final de los relatos es que la explicación es siempre simple y verosímil, dos cualidades difíciles de conjugar en la vida, pero que plantean más problemas cuando se trata de conjugarlas en la literatura.

Los temas

Resulta sorprendente la facilidad con que Conan Doyle trata todos los asuntos posibles de la ficción policiaca sin alterar apenas el enfoque de orden formal en cada caso. En este volumen hay al menos tres casos de extorsión, cuatro de robo y dos o tres de asesinato; todos ellos aparecen bajo una vestidura formal y semejante y en todos ellos dicha vestidura funciona perfectamente de cara a los fines para los que fue concebida.

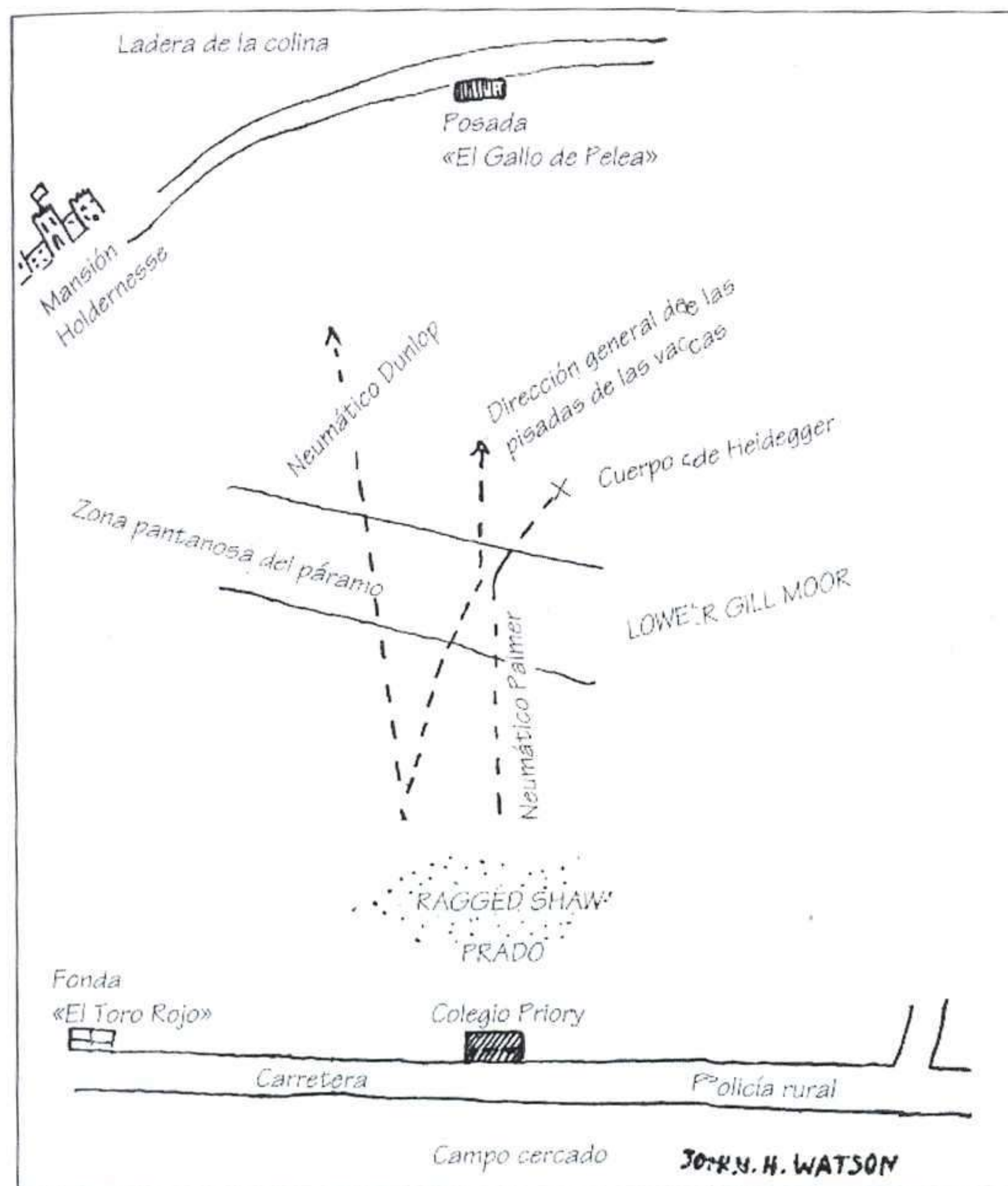
Por eso, el análisis de los temas tiene menos interés, ya que, en los casos en que éstos flojean, el cuento se mantiene en pie gracias al armazón sobre el que ha sido construido. Merece la pena señalarse, no obstante, la aparición en dos de esos cuentos («El intérprete griego» y «El problema final») de un hermano de Sherlock Holmes, Mycroft, que al final resulta ser un personaje original y atractivo.

Por último, no podemos dejar de señalar que en el último de los cuentos de este volumen, «El problema final», Sherlock Holmes pierde la vida al despeñarse por la catarata de Reichenbach, en Suiza, mientras pelea con su enemigo mortal, Moriarty. La muerte del genial detective produjo en su época un escándalo de dimensiones notables. Los editores de Doyle, y el propio escritor, recibieron miles de cartas que iban desde el ruego al insulto. Sin embargo, Conan Doyle tardaría diez años en resucitarle y es que, en verdad, debía de ser difícil alimentar a un ser como Holmes, sobre todo porque estaba destinado a alcanzar mayor fama y gloria que su propio creador.

* Juan José Millás es escritor. Este texto apareció como apéndice en *Las memorias de Sherlock Holmes* (Anaya, 1988).



SIDNEY PAGET, «EL PROBLEMA FINAL» EN LAS MEMORIAS DE SHERLOCK HOLMES, ANAYA, 1988.



SIDNET PAGET, «EL COLEGIO PRIORY», EN EL REGRESO DE SHERLOCK HOLMES, ANAYA, 1992.

contemplar los alardes deductivos del detective y el desconcierto de Watson que jamás falla a la hora de asombrarse por las facultades de su amigo.

Holmes y Watson: un equipo invencible

Sobre Holmes, poco podemos decir que el fiel Watson no haya dicho ya. Un perfecto caballero victoriano, orgulloso de su eficacia —que es un fiel reflejo de la eficiencia británica—, de costumbres excéntricas y misántropas, increíblemente meticuloso en sus procedimientos pero desastrado en su vida privada, con un carácter inestable que oscila entre la depresión morbosa y la actividad febril, momentos estos en los que se transforma en «la máquina de observar y razonar más perfecta que ha visto el mundo».

Holmes se considera a sí mismo «el tribunal de apelación», al que acuden los desesperados cuando todas las demás vías han fallado. No hace distinción de clases sociales y sirve a su cliente con la máxima fidelidad y eficiencia, sea cual sea la trascendencia del caso. Porque para Holmes no existen casos importantes o triviales, ni le impresionan más los grandes crímenes que las pequeñas faltas; para él sólo existen problemas lógicos más o menos interesantes, y tiene ideas muy concretas al respecto: «Los problemas interesantes suelen plantearse en casos intrascendentes, los crímenes más horribles se cometen en el campo, la policía es incapaz de ver más allá de sus narices, etc.»

Un aspecto inquietante de Holmes es su megalomanía, que puede adoptar formas inofensivas, como cuando discute amigablemente con Watson, pero que resulta más preocupante cuando el detective se erige en administrador de la justicia. Su actitud en estos casos puede variar desde la tajante orden dada a Watson de «no vacile en abatirlos a tiros», hasta su decisión de dejar libres a ladrones y asesinos confesos. Este desprecio por la justicia oficial se disfraza a veces de humildad —«¿Quién soy yo para decidir?»—, pero está claro que decide sin vacilar, consciente de su superioridad sobre la masa y sobre las instituciones.

fable doctor Watson: «Yo he visto y oído lo mismo que usted, y aun así no me explico cómo ha podido llegar a esas conclusiones». Casi invariablemente, el autor consigue el objetivo que se proponía: el fascinado lector sonríe con admiración y pasa rápidamente la página, ávido de nuevas exhibiciones.

Resulta evidente que este efecto es más fácil de conseguir y de mantener en una serie de cuentos que en una novela larga. En la novela habría que realizar una exhibición al principio y al final de cada capítulo, lo cual, de ser posible, resultaría repetitivo y monótono. En los cuentos, este inconveniente desaparece: las conversaciones de Holmes con Watson al principio de cada episodio son recibidas con deleite por el lector, cuyo entusiasmo aumenta al ver a Holmes

lucirse de nuevo ante el cliente de turno. Y casi en seguida se llega a la traca final, en la que Holmes demuestra con increíble facilidad que el impenetrable misterio no era más que «un curioso proble-milla». La fórmula es perfecta, y a ella se debió el éxito del personaje. Cualquier lector moderno puede dar fe de que continúa funcionando.

Comparsas aparte, en los relatos intervienen cuatro personajes principales: Holmes, Watson, el cliente perplejo y el villano habilidoso. El cliente aparece al principio, expone sus apuros y muchas veces desaparece sin dejar huella. El villano puede no llegar siquiera a aparecer en persona. Al público le tiene sin cuidado, mientras Sherlock Holmes se mueva a lo largo de la línea que los conecta. Lo que desea es

El regreso de Sherlock Holmes

por Juan Tébar*

Holmes regresa en este libro sin Moriarty, su mayor rival, muerto en «El problema final». Holmes no se mató entonces. Ha vuelto y, para mayor comodidad, su camarada Watson, que ha enviudado, está libre. Ambos pueden reanudar sus aventuras, y Watson las cuenta para la posteridad, que todavía nos alcanza. Aún durará muchos años la alargadísima sombra del detective inmortal. Y no nos referimos sólo a los libros que todavía escribiría Conan Doyle con Holmes de protagonista, sino la fama e influencia del personaje que ha de vivir más que su autor y que explotarán todos sus herederos, colegas e imitadores habidos y por haber.

Sin el malvado Moriarty

Repasemos algunos de los cuentos en que Watson relata los casos que ocuparon sus vidas tras esta reaparición de Sherlock Holmes.

La sombra del fallecido Moriarty es protagonista en el primer relato «La aventura de la casa vacía», donde Holmes cuenta lo que ocurrió en las cataratas de Reichenbach, y el malo del cuento no es sino un heredero del profesor, que —por supuesto— no está a la altura del maestro. La equivalencia con Holmes y sus imitadores es evidente.

«La aventura del constructor de Norwood» arranca, precisamente, con la referencia al añorado delincuente: «Desde el punto de vista del experto criminalista —dijo Sherlock Holmes—, Londres se ha convertido en una ciudad particularmente aburrida desde la muerte del llorado profesor Moriarty».

Sin embargo, estos tiempos sin Moriarty, sin sus huellas como «el ligero temblor en los bordes de la telaraña [que] nos recuerda la existencia de la repugnante araña», no fueron tan anodinos. Y Holmes puede divertirse con falsas pistas, como la de la huella del pulgar, anticipándose a sistemas de detección no muy honestos: el de amañar, por ejemplo, pruebas artificiales para cazar a quien *se sabe* que es el culpable. El mismo estilo de ese malvado policía que, muchos años después, interpretaría Orson Welles en *Sed de mal* (1957), sin sospechar la tradición de su mala costumbre.

En «La aventura de los monigotes» hay todo un alfabeto en clave con peculiares dibujos:



SIDNEY PAGET, «LA AVENTURA DE LOS MONIGOTES» EN EL REGRESO DE SHERLOCK HOLMES, ANAYA, 1992.

En la novela policiaca será típico insertar dibujos, planos, jeroglíficos, como los mapas del tesoro en las aventuras de piratas. ¿Qué buen aficionado no recuerda planos de habitaciones cerradas, diseños de pisadas en planta alzada de jardines, muestras de cartas en clave y demás adornos gráficos de la aventura intelectual de descifrar un asesinato? Todo eso estaba en Holmes, como tantas otras cosas. Véase, por ejemplo, el plano de otro relato, «La aventura del colegio Priory», que casi es un mapa militar. En este cuento

tiene la bicicleta un papel importante, como en el anterior —titulado precisamente «La aventura de la ciclista solitaria»—, y lo subrayamos porque nos parece un elemento tan representativo de la época como cualquiera de los magníficos decorados, o elementos de *atrezzo* usados por Billy Wilder en la que consideramos mejor versión cinematográfica del personaje. Se trata de *La vida privada de Sherlock Holmes* (1969), deliciosa reconstrucción romántica del escenario y el espíritu del mito holmesiano por un austro-húngaro criado en Viena y afincado en Hollywood. No sigue el argumento de ninguna historia publicada por Conan Doyle, sino —en la mejor tradición del *pastiche sherlockiano* (así dicen los americanos, *holmesianos* los ingleses)— resucita un supuesto documento inédito que Watson guardó en una caja fuerte y es rescatado muchos años después por un nieto del doctor. El guión es del excelente I.A.L. Diamond y del propio Wilder. Posteriormente escribieron una novela los holmesianos Michael y Molly Harkwick. Entre las muchas perfecciones de la ambientación, hay planos de viajes en tren que reproducen con original inspiración los dibujos Sidney Paget.

Holmes y sus honorarios

Última referencia, y sabrosa, que extraemos de «La aventura del colegio Priory», y del siguiente relato, «La aventura de Peter el Negro»: Holmes generalmente no parece interesado económicamente. ¿De qué vive el héroe? ¿Es rico y por eso no hace alusión frecuente al dinero? Quizá sea tan desinteresado que se olvida de las necesidades materiales, pero las imposiciones de tales necesidades caerían sobre él, por mucho que las ignorase... Hay quien supone que era Watson quien ponía el dinero cuando la minuta del detective no bastaba a la supervivencia. Es más lógico pensar que Mycroft, el bien situado hermano, ayudase a soportar el *status* de caballero que Holmes mantenía, austero pero siempre digno *gentleman*... El caso es que en la citada aventura del colegio se guarda, encantado, un buen cheque. Y no sabemos si lo comparte con Watson, que realmente ha ayudado bastante... Nos asalta la duda: ¿es realmente un avaro, cobra fortunas —merecidas, no lo discutiremos— y no las comparte...? Tal duda al final de este relato deja una mala impresión que el cronista tendrá que disipar... Y en efecto, será el propio Watson (incondicional entrañable) quien, al comienzo de ... *Peter el Negro* eche un capote a su amigo respecto al tema crematístico. Era el año 1895 y Holmes había alcanzado tal fama que, en buena lógica, sus tarifas deberían ser ya muy elevadas: «... Sin embargo, Holmes, como todos los grandes artistas, vivía para su arte y, excepto en el caso del duque de Holderness, casi nunca le vi pedir un pago importante por sus inestimables servicios. Era tan poco materialista —o tan caprichoso— que con frecuencia se negaba a ayudar a los ricos y poderosos cuando su problema no le resultaba interesante, mientras que dedicaba semanas de intensa concentración a los asuntos de cualquier humilde cliente cuyo caso presentara aquellos aspectos extraños y dramáticos que excitaban su imaginación y ponían a prueba su ingenio».

*Juan Tébar es escritor. Este artículo apareció como apéndice en *El regreso de Sherlock Holmes* (Anaya, 1992).



SIDNEY PAGET, «LA CORONA DE BERILIOS» EN LAS AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES, ANAYA, 1995.

En esta actitud entre implacable y humanista, Holmes no es, en definitiva, más que una personificación de la Inglaterra de su tiempo.

A Watson se le suele presentar como un torpe y obtuso, cuando en realidad se trata de un colaborador eficaz, un razonador competente, un hombre decidido y —si hemos de creer en su existencia— un cronista extraordinario, que sabe mantener de manera magistral el interés del lector.

Hay que tener en cuenta que, al ser Watson el narrador (y estar dedicados los relatos a glosar las facultades de otro personaje), la personalidad del doctor no aparece reflejada más que indirectamente. La natural modestia del cronista le impide exagerar la importancia de su propia participación, pero está claro que Holmes aprecia extraordinariamente la ayuda de Watson; y si éste no parece estar a la altura de su ilustre compañero, lo mismo le sucede al resto de los personajes que desfilan por sus crónicas. Decir que Watson es poco inteligente demuestra una lectura muy superficial de las

aventuras de Sherlock Holmes y, en último término, equivale a llamar tonto al lector, que tiende a identificarse con la postura del testigo-narrador. Al fin y al cabo, no ser un genio excepcional no equivale a ser idiota.

En realidad, Watson es otra manifestación de la Inglaterra oficial: el hombre de carrera —dos carreras, militar y médica—, cuya dedicación y lealtad contribuyeron a forjar el imperio. Aunque la iniciativa no sea suya, siempre se puede confiar en Watson, que es la eficacia personificada y a veces llega a asombrar al propio Holmes. Entre los dos forman un equipo que el resto de la humanidad debe consultar para ver resueltos sus problemas. Así es como se veía Inglaterra a sí misma.

Londres: un escenario para el crimen

Un último aspecto que contribuyó considerablemente al éxito de la serie fue la ambientación de la misma en un

Londres real, perfectamente descrito en sus itinerarios, instituciones y costumbres. A diferencia de las aventuras exóticas de sus contemporáneos, Conan Doyle sitúa a sus personajes en la metrópoli y hace acudir a ella a todos los elementos exóticos que sean necesarios: desde reyes de Bohemia a marineros de las Indias Orientales, desde serpientes venosas al Ku Klux Klan.

Y aunque a veces se hace necesario salir de Londres, lo cierto es que Conan Doyle se recrea en los detalles de la capital. Incluso cuando Holmes y Watson tienen que abandonarla, se molestan en indicar el tren que tomarán y la estación de donde sale. Holmes se precia de conocer Londres al dedillo, y Watson detalla minuciosamente todos los recorridos que realizan en sus investigaciones. Aunque la dirección exacta de la «casa del crimen» suele ser falsa, el barrio es perfectamente identificable.

No cabe duda de que esto tenía que atraer poderosamente al público británico de la época en que se publicaron las aventuras, que veía cómo le acercaban misterios y maravillas a las puertas mismas de su casa, en un escenario que podía reconocer e incluso recorrer.

Sin embargo, para el lector contemporáneo —sobre todo si no es inglés—, que ha crecido en un mundo donde Sherlock Holmes es ya una tradición, la sensación es diferente y el atractivo posiblemente mayor aún: aquel Londres que entonces era real se encuentra ahora mitificado e idealizado, convertido en un lugar tan mítico como el Bagdad de *Las mil y una noches* o el Dodge City de los *westerns*. Es el Londres de la niebla y los misterios, de Jack el Destripador y el doctor Jekyll, donde el mal acecha en cada rincón y sólo la mirada de un detective infalible puede traspasar las tinieblas. Es una ciudad fabulosa, que ha servido de escenario a muchos de nuestros sueños juveniles.

Así, el detective de ficción y la ciudad real han acabado por fundirse en un mismo arquetipo, que todavía seguirá excitando nuestra imaginación durante mucho tiempo. ■

*Juan Manuel Ibeas es escritor y traductor. El artículo se publicó como apéndice en *Las aventuras de Sherlock Holmes* (Anaya, 1990).